

Accésit

Juan Luis Rincón Ares

Sobre Martín y los demás



*Ceferino Gómez Cordero. Concejel de El Puerto de Santa María. Cádiz.
Fusilado tras el alzamiento fascista en 1936.
In memoriam.*

“Lo más duro fue volver al pueblo en el mismo camión vacío, cagado, meado y temblando azogado.

—Ya he acabado por esta madrugada— oí despedirse al conductor mientras los otros brindaban “por España y por Franco”.

Ni siquiera me pusieron vigilantes. ¿Qué iba a hacer yo, saltar del camión, huir de qué, hacia dónde?

El camión olía a mierda y a meado, a sangre y miedo.”

En el viaje de ida, Juan iba cagado de miedo, lo reconoce su amarga memoria cada día. Iba rezando, llorando y suplicando a los dos hombres que vigilaban en la caja del camión, que no lo mataran, que él tenía familia igual que ellos. Bueno, suplicaban él y todos los demás, pero a Juan no se le habría ocurrido hacer de portavoz de nadie en esas circunstancias. Solo pensaba en su mujer y en sus cuatro chiquillos. ¿Qué iba a ser de ellos sin un padre que los vistiera o les llevara la comida a la boca? Pero sobre todo, tenía miedo, un miedo grande, espeso, que lo ocupaba casi todo.

***“Yo sabía que los habían asesinado y dónde y quién, a Martín, al chico joven y a los demás. A algunos los conocía del pueblo aunque no eran de mi cuadrilla ni de aquella cooperativa que maldita la hora en que me apuntó el Martín, me decía yo una y otra vez. Los del pelotón eran de otro pueblo, seguro; nadie podía tener la sangre fría para asesinar a sus vecinos de esa manera.*”**

En el suelo del camión que me llevaba de vuelta habían quedado charcos de orín y de sangre. El más grande estaba cerca de la boca de la caja donde cayó Martín. Creí ver trozos de sus dientes pero igual eran piedras de algún porte anterior del camión.”

A la mujer de Juan la habían dejado tirada en el suelo de su casa, malherida, porque se les tiró al cuello cuando vio que la cosa iba en serio y ya había cinco o seis hombres más atados y con los ojos vendados afuera en el camión. Era la primera vez que pasaba en el pueblo pero ya habían llegado rumores de “paseillos” como aquel en sitios más lejanos. El que parecía el jefe aguantó su embestida, le dio un empujón y luego le pegó un culatazo en el pecho que la tiró para atrás. A él ya le habían amarrado las manos pero se lanzó de cabeza contra el del fusil; total para nada, porque solo consiguió que le abriera una brecha en la ceja de otro culatazo del que también salió rebotado contra la mesa. Cuando lo arrastraban para afuera lo último que vio fue a su mujer en el suelo tosiendo y retorciéndose y a los niños llorando esmorecidos alrededor de ella.

“Yo conocía a la mujer de Martín y a sus hijos. Habían estado en el bautizo de los míos. Martín no vino. Él era así de descreído. Pero estaba seguro de que cuando llegara al pueblo no me atrevería a contarles nada a ella ni a los niños. Ni de los hechos, ni de los guardianes, ni del lugar ni de nada.”

Antes de subir al camión a Juan le vendaron los ojos así que solo pudo ver la cara del que le dio el culatazo y del otro que entró en la casa. Pero arriba, con el traqueteo, se le cayó la venda y uno de los guardianes quiso llegar hasta él y subírsela pero el otro le detuvo:

—“No te preocupes. No te van a reconocer. Ninguno de estos muertos de hambre va a volver al pueblo ni vivo ni muerto” — le reveló el compañero.

“¡¡Mi mujer!! La recordé de pronto en el suelo rodeada por los chiquillos. Al más pequeño, al Manolín, se le caían los mocos y me miraba horrorizado y se agarraba al pelo de su madre como intentando que no se la llevarán a ella también. ¿Estaría bien? ¿Qué le iba a contar a ella? ¿Qué le podría decir a los niños? ¿Quién iba a creerme? ¿Qué he hecho yo, por Dios, qué he hecho yo para...?”

En ese momento sí que pensé en acabar con aquello, en arrojarme del camión: con suerte me atropellaría el siguiente coche de la caravana. Así no tendría que soportar las miradas de todos en el pueblo cuando volviera vivo.

Pensé en el chico joven. Su cara no me era del todo desconocida. A esa edad —quince, dieciséis, no podía tener más— las caras cambian y puede que del pueblo pero... ¿Vendría a su madre a escupirme por callarme, por volver, por estar vivo, por...? El chico joven no dudaría en hacer lo que fuera por agarrarse a la vida, cualquiera de los que iban en el camión se hubiera cambiado por mí, seguro. Bueno, cualquiera menos Martín. A él le perdía las ideas y la boca. Y los cojones, claro. Si hubiera estado callado igual se hubieran salvado algunos más o todos y el “paseillo” se habría quedado solo en un susto. Pero Martín con sus insultos los puso nerviosos y enrabiados y a lo mejor por eso... Aunque en el olivar la fosa ya estaba preparada y allí estaba el pelotón de...”

No lo dijo en voz alta pero tampoco puso especial empeño en que no lo oyeran los prisioneros. “Ninguno de estos muertos de hambre va a volver al pueblo ni vivo ni muerto” Entonces fue cuando Juan perdió la esperanza, se le enfrió la rebeldía y empezó a llorar y a suplicar. Estaba todo muy oscuro. Allí había lo menos siete hombres y todos lloraban menos uno, el Martín, que estaba derecho como una vela y que intentaba calmar a los demás:

—“Venga compañeros, no le deis el gusto, que no os vean llorar estos cabrones!!!”

Claro, pensaba Juan, “Martín es del sindicato y sabía que esto le podía pasar algún día. No lo había vuelto a ver desde que empezó la guerra, fue de los primeros en irse al frente. Ni siquiera sabía que había vuelto al pueblo. Pero el resto no fuimos ni somos de nada. Yo, a lo más, habré ido alguna reunión en la Casa del Pueblo cuando nos aconsejaron organizarnos, los de la Unión, para la siembra de las parcelas y poner en común el riego y parte de los aperos”. Martín, de eso lo conocía Juan un poco más, fue a las primeras reuniones y les explicó algo de la República y de su “amor por los campesinos pobres”.

Nada más que eso. Juan le había arrendado años atrás las tierras de la parroquia a Don Nicasio, el cura, que nunca las trabajó ni las quería para trabajarlas. No le hacía falta, ya tenía otras rentas. Por lo visto —y eso Juan lo supo después, mucho después—, el Martín y sus amigos sindicalistas habían visitado a todos los curas y los terratenientillos de la zona hacía algunos años y les habían dicho que las tierras o se trabajaban o se arrendaban, o la República se las quedaría. Don Nicasio, que conocía a la mujer de Juan y sabía que él era buen trabajador y cumplidor, se las había rentado a regañadientes. Al principio, Juan le

pagaba “cristianamente” cada seis meses. La renta no era baja pero la tierra era buena, tenía agua y daba para comer y pagar. Pero en junio del 36, entre una cosa y la otra, vinieron mal las cosechas y solo le pudo pagar la mitad. Quedó en pagarle el resto para año nuevo pero en julio comenzó la guerra y el cura primero y luego Martín desaparecieron del pueblo. El cura volvió con la columna falangista pero de Martín no se supo más por mucho tiempo. Hasta aquella noche.

Pero por eso, porque era sindicalista, pensaba Juan, entre la admiración y el terror, que el Martín no suplicaba ni lloraba ni se callaba cuando alguno de los tíos con fusiles que iban delante de nosotros en la caja del camión lo amenazaban:

—“¡Que te calles, rojo de mierda!!”

Aquellos dos no eran del pueblo o, por lo menos, Juan no los conocía pero por el acento tampoco se les adivinaba de muy lejos. No llevaba ni uniformes ni botas. El que le pegó en la casa sí llevaba la camisa azul y las insignias de la Falange e iba en un coche detrás del camión, pero los otros dos, los que los vigilaban, iban con chaqueta y camisa buenas como si acabarían de salir de jugar la partida en el Casino.

—¡Ven aquí tú a callarme, valiente! —les desafiaba Martín.

A Juan le habían empujado hasta el fondo del camión y pudo dejarse caer a su lado.

—¿A dónde nos llevan Martín? ¿Qué nos va a pasar? —le dijo entre hipidos.

—Pintan bastos, imagínate lo peor Juan. Esos son unos cabrones fascistas. ¿Tú ves algo?

—Sí, a mí se me cayó la venda antes. Pero es de noche y no atino a saber....

—¿Cuántos son ellos?

—¿”Sus” calláis o se acaba el paseíllo antes de tiempo? —amenazó el más joven de los vigilantes.

—Desátame las manos, cobarde, que te voy a dar lo tuyo y lo de tus amigos.

—Déjalo, —terció el más viejo sin levantar la vista dando pequeños golpes de culatas contra el suelo del camión —déjalo que eche cojones, ya estamos llegando. Vamos a ver si este se caga o no.

—Son dos y con fusiles y en la cabina creo que hay dos más pero viene otro coche y otro camión detrás y... —se atrevió a susurrar Juan.

Olía a mierda y a meados. Juan era uno de los que se había meado y el chavalito de su derecha se había cagado hasta las trancas y pedía perdón llorando a quien lo miraba, a los prisioneros y a los de los fusiles.

—¡¡Cabrones!!” —volvió a gritar Martín moviendo la cabeza e intentando quitarse la venda— ... dejad el fusil en el suelo y venir a por mí como los hombres!!!

No hablaba en broma. Martín era como un toro de fuerte, de bravo y de impulsivo. Juan lo había visto peleando contra cuatro cuando las últimas fiestas y de los forasteros no salió ni uno de pie.

El camión empezó a traquetear cuando dejaron la carretera. Con los saltos, al más nervioso de los vigilantes se le escapó un tiro que fue a parar al fondo de la caja, muy cerquita de donde estaban Juan y Martín. Todos gritaron. Fue entonces cuando Juan se cagó. Literalmente, se cagó.

—¡Cojones, Eduardo, ponle el seguro al fusil que los vas a matar antes de tiempo, peor aún, me vas a matar a mí!

—Es lo mismo— contestó el jovencito sin levantarse a mirar siquiera si había herido a alguien.

—¡Malnacidos, fascistas! — maldijo Martín intentando ponerse de pie.

Tropezó con el gurrño de las piernas y cayó tendido boca arriba cuán largo era. La venda aun le cubría casi totalmente los ojos. El viejo del fusil aprovechó su caída para golpearle la cara con el cañón y ponerle el pie en el cuello sin levantarse siquiera.

—¡Ahora, hijo de puta, grita ahora y te salto los dientes! ¿Quién es el cabrón ahora?

Martín debió intentarlo. Juan creyó oír un par de sílabas ininteligibles y luego escuchó con toda claridad como si la culata del fusil diera contra un cristal grueso y saltaran añicos. Estaba seguro que sí, que le habían saltado los dientes y las muelas.

Los alaridos de dolor y de maldición de Martín fueron la sintonía de los siguientes minutos, los que tardaron en adentrarse en el olivar. Juan reconoció el tajo y recordó la casa que no debía estar lejos. Había trabajado allí algunas temporadas cuando las cosas no venían bien rodadas para pagar al cura. Pero no les subieron a la gañanía. Se habían quedado en la parte de abajo del cerro, en el claro dónde se acumulaban los sacos cuando el verdeo para cargarlos en las

camionetas. Cuando se detuvieron, Juan pudo ver cómo en paralelo otro camión con el remolque tristemente vacío, emprendía el camino de vuelta.

Los dos vigilantes bajaron de un salto del camión y se alejaron unos metros. Se oyeron risas y algún grito de jolgorio y de bienvenida “Arriba escuadras a vencer...”. Poco después otro grupo donde si menudeaban los uniformes grises y las camisas azules, se acercó al camión.

—¿Quién es el valiente? —preguntó el primero que se asomó— ¿Quién es Martín?

—¡¡Qué quién es Martín, rojos de mierda!! — añadió una segunda voz más autoritaria ante el silencio que reinaba en el camión.

—Vgiva... la Regúbliga! - gritó o por lo menos lo intentó Martín desde el suelo con las mandíbulas y la lengua rotas.

—Hombre, ya cantó el pajarito.

Sin subirse siquiera al camión lo arrastraron por los pelos y el cuello hasta que se desplomó como un saco en el suelo. Desde el escondite de Juan, en el fondo de la caja, lo vio incorporarse desafiante pero un empujón o una patada lo desplazó hacia la derecha y se perdió de vista desde el interior. Nadie se atrevió a protestar o a levantarse. Los llantos ya eran quedos y solo se oían rezos.

En el silencio del olivar, sólo se escuchaba, sorda, la pelea. Juan recordaba a Martín dando trompazos entre los cuatro mozos del pueblo de al lado y quería pensar que iba ganando. Pero no. Solo se oían aullidos de dolor de Martín entre los golpes, las patadas y las maldiciones de los otros.

“Pienso otra vez en Martín. Parece que ya se me han borrado todos los rostros, hasta el del chico se me va borrando, todos los llantos, toda la mierda y los mocos y solo quedaba Martín: Martín a mi lado, Martín de pie, Martín derrumbado a nuestros pies, las palabras de Martín, la sangre y los dientes de Martín...”

Pasó un rato casi tan largo —o así le pareció a Juan— como el del viaje de ida. Finalmente reinó, lóbrego de nuevo, el silencio.

—¿Está muerto?

—¡¡Hijo de puta, todavía respira!!

Segundos después, se oyó una detonación, como un petardazo seco, que retumbó en la noche y se perdió rebotando de olivo a olivo.

—Ahora, seguro que no.

—¡Ayudarme a llevarlo al hoyo!

—Venga cojones que se nos va a hacer de día.

—Al resto los lleváis andandito hasta el agujero para que no haya que arrastrarlos. De cuatro en cuatro nada más, que cuando están muchos juntos se rebelan como los de antes.

Subieron al camión y empujaron fuera a los que estaban cerca de la boca.

—¡No por favor! —gritaban los elegidos de esa tanda —tenemos familia y no habemos hecho nada.

—Mira, Camilo, otro que tampoco ha hecho nada. ¿Lo bajo y lo devolvemos al pueblo?

—¡Joder, cómo huele este!

—¡Vaya una noche de cagones!

—¡Tira palante, “yonohehechonada”, tira!

La letanía de los llantos y las súplicas se fueron alejando del camión. De nuevo, pasaron unos minutos espesos, muy largos; luego se oyó el runrún de unas salmodias lejanas y, rompiendo la noche, sonaron —¡pac, pac, pac, pac!!— cuatro disparos lentos, secos, y tras una pausa corta, dos petardazos más.

—¿Son tiros? — preguntó entre llantos alguien desesperado al lado de Juan —¿De verdad nos van a matar como si fuéramos...?

Cuando regresó el piquete por los que quedaban en el camión tuvieron que subir a por ellos porque se habían agarrado a los hierros del fondo del camión engarfiando las manos atadas. El pánico resistía, no la voluntad de los condenados. El chico joven se soltó de pronto y se puso de rodillas ante uno de ellos:

—¡Por Dios, no me matéis, por Dios!!

—¡¡Hereje, no nombres a Dios en vano!! No lo compliques más que encima te vas a buscar una ruina en el infierno— le reconvino a gritos una voz desde algún lugar del olivar, una voz que a Juan le resultó dramáticamente conocida.

Los fueron sacando de uno en uno, entre golpes y llantos, y cuando Juan, que se había quedado el último llegó arrastrado hasta la boca de la caja del camión y sacó la cabeza a la potente luz de la luna, volvió a escuchar aquella voz conocida. Era Don Nicasio, el cura.

¡A ese no, cojones! ¡A ese lo llevas tú de vuelta al pueblo!



*“Cuando canta el gallo negro/
es que ya se acaba el día”*

Chicho Sánchez Ferlosio

—¿Pero qué dice usted, pater? Este también estaba en la lista que nos dio usted. ¿También es de los “yonohehechonada” como los demás?

—Estaba, estaba, carajo, pero no para esto. Mira, Camilo, este será un rojo como los otros pero me debe dinero a mí así que...

—Pero...

—Ni pero ni peras, llévalo de vuelta al pueblo. ¿Tienes que pasar por allí, no?

“El camión se detuvo en la carretera en las afueras de mi pueblo. Yo seguía paralizado como cuando llegué al olivar. La brecha de la ceja derecha seguía abierta y apenas podía ver nada por ese ojo. En la boca, notaba copioso el sabor metálico de mi propia sangre.

Vamos, coño, que me espera mi familia para cenar. ¿Te bajas solito tú cagando leches o te bajo yo de un tiro en una pierna, por ejemplo? —dijo Camilo, el conductor, asomando el rostro y la pistola por la boca del camión.

Encendió un cigarro mientras yo me bajaba casi arrastrándome.

—Ya sabes, ve ahorrando ¡A Dios lo que es de Dios! O pagas o... —me dijo a modo de despedida fingiendo bendecirme para ponerme finalmente el cañón de la pistola en la cabeza.

Cuando el camión se perdió traqueteando por la curva de los chaparrales, suspiré aliviado a medias. Bebí con ansia y me lavé un poco en la fuentecilla de abajo. Intenté componer mi estampa pero la camisa estaba rota y sucia y los pantalones estaban —ellos y yo, claro— cagados y meados. Me di por vencido y comencé a andar esperando no cruzarme con nadie en la madrugada.

La cuesta arriba que llevaba a mi casa me pareció eterna. Tenía que pasar por la trasera de la iglesia para evitar la casa de Martín. Tuve que oír y sortear llantos quedos y luces precarias en varias casas más por el camino. Demasiada gente esperando negras noticias que yo, al menos esa noche, no iba a darles. La iglesia se iba haciendo más y más grande a medida que me acercaba. La Luna, grande y roja, vestía la calle donde estaba mi casa con la sombra fría de la torre, rematada por una cruz avejentada. Su negrura alargada y sagrada se me metió esa noche en el corazón y me perseguiría ya toda la vida.”

Emul P. Edmon

